

El buen nombre (*The Namesake*)

Gustavo Chiozza.

El primer interrogante que se me presentó al intentar comenzar el análisis de este film fue determinar quién era el protagonista de esta historia. ¿Es la historia de Ashoke, el primero en aparecer en escena, o es la historia de Ashima, con cuya imagen termina el film? ¿Es acaso una historia de amor, con dos protagonistas, Ashoke y Ashima, que cuenta la vida que hicieron juntos en Estado Unidos, lejos de su Calcuta natal? ¿O es, quizás, la historia de Gogol, el primogénito del matrimonio? Si bien Gogol es un personaje importante, no suele ser frecuente que el protagonista aparezca cuando la historia está tan avanzada. Pero tampoco es frecuente encontrar una historia en la que uno tenga dificultades para identificar a su protagonista. Pensé que quizás el título del film pudiera ayudarme a resolver este interrogante porque una buena historia —y la que acabamos de ver lo es— merece tener un buen título; un título que sea capaz de expresar la esencia de la historia.

Un buen título es como un buen nombre; y justamente *El buen nombre* es el título, para las versiones en lengua hispana, tanto del film como de la excelente novela homónima de Jhumpa Lahiri en la que el film se basa. Si bien no me parece un título que desentone con la trama de la historia, el título original en inglés de ambas obras es *The Namesake*, cuyo significado podría traducirse en nuestro idioma como “el homónimo” o “el tocayo”; es decir, la persona que respecto de otra tiene el mismo nombre.

De modo que, si nos guiamos por el título que le dio la autora y vemos en eso su intención, no quedan dudas que esta es la historia de Gogol Ganguli, el tocayo del escritor ruso. Pero ahora nos preguntamos por qué el protagonista de esta historia hace su aparición con el film tan avanzado; por qué la historia empieza tanto antes del principio de la vida de Gogol Ganguli. Pedro Almodóvar nos relata una anécdota que quizás pueda ayudarnos: «*Hace algunos años, como parte de un documental que sobre mí realizaba la BBC 2, un equipo se desplazó hasta el pueblo donde vive mi madre, para entrevistarla. Yo hacía de improvisado traductor. Cuando el periodista le sugirió que contara alguna anécdota sobre mi infancia, mi madre comenzó narrando con todo detalle cómo vine al mundo, cuáles fueron mis primeros gestos, mis primeros sonidos, mis primeras reacciones. Yo me moría de vergüenza, después comprendí que sólo las madres y algunos genios poseen esa capacidad de abordar de inmediato lo esencial, sin esfuerzo ni pudor. En efecto, no hay mejor modo de empezar una historia que explicando el nacimiento de su protagonista, es lo que se llama "empezar por el principio"».*

Estamos muy acostumbrados a pensar que la vida de un sujeto empieza al momento de nacer, pero luego que el psicoanálisis nos iluminara la existencia y la importancia del psiquismo fetal –fácilmente constatable en la actualidad por las ecografías–, se nos hace difícil excluir de una vida los meses de embarazo previos al nacimiento. Si bien podríamos quizás trasladar ese comienzo al momento de la fecundación, el sólo hecho de pensar en el óvulo fecundado como algo vivo, hace que no podamos negar las vidas del óvulo y del espermatozoide antes de unirse. De modo que la idea de ubicar un principio para una vida se nos empieza a desdibujar. Y lo que sucede en el cuerpo tiene su correlato en lo que sucede en el alma: así como un hijo existía ya antes de la fecundación, en los genes del espermatozoide y los genes del óvulo, así también existía antes de la unión de sus padres, en los deseos que cada uno de ellos tenía antes de conocer al otro.

¿Qué será entonces empezar una historia por el principio?, dependerá seguramente de la historia que queremos contar. Pedro Almodóvar sitúa el comienzo de su film *Carne Trémula* con el nacimiento de su protagonista, en cambio Mira Nair, la directora del film que hoy nos ocupa, elige comenzar la historia de Gogol Ganguli mucho antes de su nacimiento o su fecundación; incluso antes de que Ashoke y Ashima se conocieran, porque lo que nos quiere contar es la historia del nombre del protagonista. Un nombre propio que, a la vez, es un nombre ajeno.

Según María Moliner, el término “tocayo” viene de una frase ritual latina que la mujer recién desposada dirigía a su esposo: “Si tú Cayo, yo Caya”. El hecho de que los latinos primero y los hispanohablantes después, utilicen esta referencia al matrimonio para denotar el concepto de homónimo parece querer resaltar la idea de que entre dos personas que tienen el mismo nombre existe un vínculo tan profundo, estrecho y difícil de deshacer como el matrimonio. La historia que este film nos cuenta parece coincidir con esta idea.

A poco de reflexionar caemos en la cuenta de que, de alguna manera, todos somos tocayos de alguien; de una persona o personaje a quien aquellos que nos dieron nuestro nombre buscaron emular; o mejor dicho, quisieron que nosotros llegáramos a emular. De modo que nuestro nombre es seguramente el primer designio explícito que recibimos; es el nombre de aquello a lo que estamos llamados a ser: “Si él Cayo, tú Cayo”.

De más está decir que, así como los adjetivos preceden y dan origen a los sustantivos, todo nombre surge de una cualidad, y este nexo, aunque a veces pueda estar perdido para la conciencia, sigue vigente en lo inconciente de cada individuo. Así también, “si esto piedra, tú Pedro”.

De modo que nuestro nombre no designa sólo quién somos sino principalmente quién debemos ser. En condiciones normales, nadie utiliza su propio nombre para

referirse a sí mismo, sino que utiliza la palabra "yo". Yo no me llamo Gustavo; Gustavo es como me llaman los otros, y esto parece querer decir que estoy llamado a ser Gustavo. Cuando digo a los demás que yo me llamo Gustavo significa que acepto ese designio como si fuera propio. Esto se hace evidente en el hecho frecuente de que los niños pequeños, cuando comienzan a hablar, para referirse a sí mismos dicen "el nene quiere esto" o "Anita hizo esto", es decir, si todos me llaman así, yo también me llamo así.

En síntesis, el nombre que recibimos es el nombre de una cualidad del ser que incorporamos como un ideal o un mandato. En algunos casos una pequeña parte de este ideal puede ser conciente, por ejemplo al llevar el nombre de un pariente, de un conquistador o al llevar un nombre de significado explícito, como Salvador o Consuelo. Pero los motivos más profundos de la elección de un nombre siempre son inconcientes. En lo inconciente, cada nombre posee un significado propio que luego se enriquece, por asociación, con las distintas personas y personajes que lo han usado. Para bien o para mal, estamos casados tanto con nuestro nombre como con el ideal que este representa.

De lo que llevamos dicho podemos concluir que esta es la historia de por qué nuestro protagonista lleva el nombre de Nicolai Gogol; y es también la historia de cómo Gogol Ganguli se relaciona con su nombre y con los ideales que este representa. Ahora se comprende mejor por qué, el film comienza cuando el joven Ashoke tuvo el accidente de tren en el que casi muere; el accidente que cambiaría su vida y que daría a nuestro protagonista su nombre.

Si bien en el film se hacen reiteradas menciones al cuento *El abrigo* de Gogol, nada se explicita acerca de su contenido ni tampoco se presume que el espectador deba leer el cuento para poder comprender el film. No obstante esto, y aunque no puedo hacer aquí una síntesis del cuento, no quisiera dejar de hacer al menos alguna breve referencia al sentido que pueden tener en el film estas alusiones a la obra de Gogol.

Pese a que el tono del cuento, trágico e irónico, no coincide con el tono del film existen muchos puntos en común entre ambas historias que no pasan desapercibidos. Quizás el más explícito, son las extrañas circunstancias por las que el protagonista del cuento es bautizado con un nombre tan particular que lo predestina a ser víctima de las burlas y el escarnio de los que lo rodean. Pero estas semejanzas me parecen superficiales. Creo que el sentido más profundo del cuento es mostrar cómo una dolorosa necesidad se transforma en un anhelo incontenible que irrumpe en una vida paupérrima, pusilánime, inmóvil y carente de toda ambición, para elevarla, primero, hasta la más desmesurada de las fantasías y destruirla, luego, en el resentimiento y la sed de venganza.

La frase de Dostoievski, «todos salimos de El abrigo de Gogol» (originalmente referida a una generación de escritores rusos), parece significar que todos somos un poco como el protagonista del cuento. Nuestros deseos, nuestros sueños y nuestras ilusiones son el motor de nuestra vida. Sin ellos estaríamos inmóviles. Pero no pocas veces esos anhelos se transforman en nuestras quimeras y terminamos perdiendo o dañando las cosas que más queremos. Dicho esto, podemos comenzar nuestro análisis del film.

Como dijimos, la primera secuencia del film, además del accidente, nos presenta a Ashoke. Primero vemos una valija con su nombre y luego lo vemos a él, como un joven perdido entre la multitud de la estación de trenes. Es un joven que sale al mundo lleno de deseos, incentivado por las lecturas de los libros que le regala su abuelo. El abuelo le ha dicho que los libros son para viajar sin tener que moverse, pero los jóvenes se quieren mover, quieren ser libres, experimentar. Estos deseos son representados por el hombre en el tren que nada sabe de libros, pero que le dice que aproveche su juventud y su libertad, que viaje, que vea el mundo; que no se arrepentirá.

Así vemos el conflicto en Ashoke. Por un lado es un muchacho estudioso, respetuoso de sus mayores y de la tradición; por el otro quiere moverse, viajar por el mundo y conocer por propia experiencia ese mundo occidental del que hablan los libros que lee. El tren simboliza el viajar, pero también un modo de viajar menos libre, acotado por los rieles; en efecto, Ashoke realiza todos los años el mismo viaje, al mismo lugar, con la misma intención de ver a su abuelo. Para satisfacer su curiosidad Ashoke tiene que salirse de los rieles de la tradición y de la vida que han trazado para él sus padres; esto lo siente como un infracción que exige el pago de un elevado precio: el tren se descarrilla y Ashoke, apenas sobrevive, salvado por el libro que estaba leyendo, *El abrigo*, de Gogol.

Como castigo de su conflictivo deseo de moverse, deberá pasar un año inmovilizado con fracturas en la columna, la pelvis, las costillas y la pierna derecha. Lejos de mitigar sus deseos, esta inmovilidad los alimenta más. Finalizada su convalecencia, Ashoke se marcha a los Estados Unidos a proseguir allí sus estudios. Es una manera de conciliar su deseo de viajar y su necesidad de respetar los deseos de sus padres. En observancia a la tradición, Ashoke regresará a Calcuta a buscar una esposa bengalí.

La autora de la novela ha elegido un buen nombre para Ashoke: “el que trasciende la pena”; la pena por el accidente, pero también la pena que ocasiona a sus padres al marcharse lejos. Fruto de este pasado el film nos muestra a Ashoke como un hombre que respeta la tradición bengalí, pero que le gusta más todo lo americano. Ve en el modo de vida americano un mundo de posibilidades ilimitadas; un tren sin rieles que lo acoten. Le gusta poder usar ropa barata y muebles de segunda mano;

le gusta que al presidente le digan Jimmy. Cuando Ashima quiere volver a Calcuta para criar a Gogol en el seno de la familia, Ashoke le dice: «Piensa en el futuro de Gogol. Esta es la tierra de las oportunidades. Puede llegar a ser lo que quiera, estudiar lo que desee. Las posibilidades son ilimitadas. ¿No quieres darle eso?»

Ashoke anhela un mundo nuevo que consigue a medias, arrastrando su pierna derecha y sufriendo de tanto en tanto pesadillas que lo persiguen, en las que revive el accidente en que casi pierde la vida. En lo más profundo de su ser, el conflicto que motivó el accidente sigue vivo. Viviendo en Estados Unidos y criando a sus hijos como americanos, satisface el deseo de liberarse de una tradición que siente que lo inmoviliza. Pero este triunfo, vivido como un deseo hostil, también lo hace sentir perseguido y culpable.

Ashima, en cambio, se siente cómoda dentro de la tradición bengalí. El film la presenta como una joven de buena educación, que estudia canto, que se siente a gusto con su vida y con su familia y que permanece alejada de los jóvenes que marchan en una manifestación de protesta contra el fascismo en la Calcuta de 1977. La joven Ashima está a punto de dar un paso importante en su vida; elegir un esposo. Como un símbolo de esto, Ashima se prueba los zapatos del hombre que aún no conoce y da con ellos unos pocos pasos; como si quisiera despejar sus dudas sobre si será capaz de caminar al lado de su esposo y acompañarlo a su lado. Efectivamente se siente a gusto en los zapatos de ese hombre, por eso cuando el padre de Ashoke le pregunta si no se sentirá sola viajando al otro lado del mundo, ella contesta de una manera ingeniosa que le basta con estar junto a su esposo.

Su nombre significa la que no tiene límites, y Ashima se siente capaz de elevarse, como las notas de su canto, y traspasar las fronteras de su cultura y su tradición y se siente seducida por esos extraños zapatos *made in USA*. Esto también es algo que logrará a medias. Por un lado consigue hacer un buen matrimonio y tener una buena vida; pero no sospecha todo el sufrimiento que le traerá vivir tan lejos de su tradición y sus afectos, criando sus hijos de un modo tan distinto a como ella fue criada por sus padres.

A diferencia de Ashoke, ella cuenta con la bendición de su familia; durante la ceremonia nupcial, la abuela le dice: «Tu vida está por cambiar. Goza todo lo nuevo, pero no nos olvides. Y disfruta tu vida plenamente». Cuando se despiden de la familia en el aeropuerto, una hermosa escena parece anticipar la nueva y distinta generación que surgirá de ese matrimonio: detrás de un conjunto de adultos con atuendos bengalíes que los saludan, como saliendo detrás de los *sari* de las mujeres, aparecen tres niñas con atuendos occidentales. La primera escena de Nueva York es un tren; una alusión a aquel otro tren que llevó a Ashoke tan lejos.

Los primeros tiempos del matrimonio en América nos muestran la fusión de los contrastes. Por un lado el silencio, la soledad, la distancia, el frío, la nieve, la extraña comida... pero también el surgimiento del amor y la ternura entre Ashima y Ashoke. Eso será siempre Estados Unidos para Ashima; un lugar extraño, pero también el lugar en el que aprendió a conocer y amar a su esposo. Será también el lugar en el que criará a su familia.

De ese amor nace el primogénito y la elección de su nombre será el primer cambio cultural difícilmente reversible. El nombre que debía elegir la abuela se perdió en el correo, pero en la cultura bengalí no hay ningún apuro por elegir un nombre. Jhumpa Lahiri nos cuenta por qué: *«un recién nacido no necesita en realidad tener un nombre. Lo que le hace falta es ser alimentado y bendecido, que le regalen algo de oro y algo de plata, que le den palmaditas en la espalda después de amamantarlo y que lo sostengan con cuidado por detrás del cuello. Los nombres pueden esperar. En la India, los padres siempre se toman su tiempo. No es nada raro que pasen varios años antes de encontrar el nombre más adecuado, el mejor nombre posible. [...] Además siempre están los apodos cariñosos para sacarlos de apuros, una práctica bengalí que garantiza que todas las personas tengan siempre dos nombres. En bengalí, la palabra para decir apodo es daknam, [...] Los apodos cariñosos son una reminiscencia de la infancia que perdura, una manera de recordar que la vida no siempre es tan seria, tan formal, tan complicada. También recuerdan que uno no significa lo mismo para todas las personas. [...] A cada apodo cariñoso le corresponde un buen nombre, un bhalonam, nombre oficial con el que la persona es identificada en el mundo exterior. [...] Por lo general, los nombres oficiales, los buenos nombres, tienden a reflejar atributos que dignifican o enaltecen a las personas. [...] Los apodos cariñosos, por su parte, no aspiran a tanto, y nunca se registran oficialmente; se pronuncian y se recuerdan, eso es todo. Con frecuencia carecen de significado o son deliberadamente tontos o irónicos e incluso onomatopéyicos. A menudo, durante la infancia, uno responde indistintamente a docenas de nombres cariñosos, hasta que finalmente alguno de ellos termina por imponerse sobre todos los demás.»*

Sin embargo, según las leyes de Estados Unidos, el niño debe tener un nombre antes de salir del hospital. Para Ashoke el nacimiento de su hijo se trata del segundo milagro en su vida, luego de que lo rescataran de morir en el accidente de tren; Ashima dice que no estarían allí si no fuera por la bendición de Gogol. Como un homenaje de gratitud, pensando que luego podrán cambiarlo cuando la carta llegue, deciden ponerle al niño el mismo nombre del escritor ruso (en realidad su apellido).

Luego de una elipsis que nos muestra que también ha nacido Sonia, vemos la escena del espigón desde el punto de vista de Ashima (recién en el final del film veremos el punto de vista de Gogol de esa misma escena). Ashima, con Sonia en brazos, ve alejarse a Ashoke y a Gogol por el espigón de la playa; teme que se

vayan lejos donde ella no pueda verlos. Como veremos luego, parece querer simbolizar el temor de Ashima de que Ashoke lleve a Gogol por un camino que lo aleje demasiado de ella; sobre todo en lo que a cambios culturales se refiere.

La siguiente escena es durante la ceremonia de elección de nombre para Sonia. Allí nos enteramos de que han elegido un buen nombre para Gogol: Nikhil, "el que todo lo abarca". Aunque nada se explicita, parece probable que el nombre de pila del escritor ruso, Nicolai, haya influido en la decisión. Por la novela nos enteramos que han tratado de elegir nombres bengalíes que se adapten a la cultura americana, como Sonia o Nikhil, que suena a Nick. Según la tradición la bebé deberá escoger entre un puñado de tierra que representa un futuro como terrateniente, un billete que representa un futuro en el comercio o una pluma que representa un futuro intelectual; pero Sonia se abstiene de elegir y coge la bandeja. Gogol parece apesadumbrado; en lo manifiesto son los celos por su hermana, pero en lo más profundo parece sentirse abrumado por el nuevo designio de tener que abarcarlo todo; lo nuevo y lo viejo, la cultura americana pero también la bengalí. Envidia a su hermana que no debe cargar con tanto peso; que puede elegir y puede, incluso, abstenerse de hacerlo.

Por eso en la siguiente escena, al regresar de su primer día en la escuela, Gogol ha decidido por sí solo rechazar el buen nombre y seguir siendo Gogol. Con el mismo derecho con que Sonia puede elegir, él elige renunciar a tener que abarcarlo todo. En otros términos, Gogol ha decidido obedecer al deseo de su padre y ser un niño americano. Ashima intenta contemporizar, pero se siente preocupada; «¿Qué hay de las preferencias de los padres?», y luego le comenta a Ashoke «En este país los niños deciden». Ashoke está feliz y se declara falsamente impotente, «Si hasta llaman Jimmy al presidente. No hay nada que podamos hacer. Siempre y cuando nuestro hijo sea feliz». Se lo ve sonriente y complacido de que su hijo quiera ser Gogol. Desestima la preocupación de su esposa, más apegada a la tradición. Ashoke siente que, lejos de la India, logra satisfacer sus deseos y triunfar sobre la figura del padre que encarna la tradición bengalí.

Pero como dijimos, el triunfo maníaco genera culpa y persecución. En ese momento suena el teléfono y ambos se asustan. A esa hora de la noche sólo puede ser una llamada de Calcuta para dar malas noticias. Efectivamente, ha muerto el padre de Ashima. Los gritos de Ashima cuando Ashoke le da la noticia despiertan al pequeño Gogol, entre las imágenes de serpientes y tigres que refleja su velador. En la fantasía, han desobedecido a la tradición bengalí; han matado al padre totémico –representado por las sombras de animales del velador– y ahora deberán responder por el crimen.

El niño ve llorar a su madre y ve cómo su padre no consigue consolarla; su mirada refleja pensamientos profundos, y nos damos cuenta de que algo se ha grabado en su alma. El designio del padre de que él rechace la tradición bengalí es algo que

hace sufrir a la madre. En el aeropuerto, cuando viajan a Calcuta para el funeral, Gogol reconoce su nombre en las letras de los carteles; el nombre de Gogol, representante de deseos contrarios a la tradición, queda en la mente del niño, asociado al sufrimiento de la madre. Así Gogol empieza a odiar su nombre.

Justamente, la escena siguiente nos lo muestra en la adolescencia, a punto de graduarse, cuando sus compañeros se burlan de su nombre y de que sea tocayo de un escritor ruso tan estafalario como su nombre. Comiendo con cubiertos, mientras su padre, a la manera bengalí, come con la mano, Gogol increpa a sus padres por el nombre que le pusieron; lo hace de una manera inaudita para un buen hijo bengalí. Ashima se enoja, «A veces siento que he dado a luz a extraños». En la imposibilidad de abarcarlo todo (como pide su buen nombre) o de tomar partido por una sola cosa, Gogol se transforma en un adolescente que lo rechaza todo. Rechaza la tradición bengalí pero también rechaza llamarse como quiere el padre. Gogol confiesa a sus amigos que quisiera poder decirle a su padre «Gogol es tu autor favorito, no el mío».

Ahora Gogol siente un profundo desprecio por la tradición bengalí; llega tarde y drogado a casa cuando hay invitados y parece estar tentado de risa. Su tía viéndole los ojos piensa que alguien lo envidia y que le han hecho el mal de ojo. Gogol se burla de las supersticiones bengalíes, «Te aseguro que no hay mal de ojo en Estados Unidos». La envidia que está presente es la del propio Gogol que anhela la vida de sus compañeros americanos. Nadie que él conozca se llama Gogol; paradójicamente, él es el único que no es tocayo de nadie, ya que el escritor ruso se apellida Gogol, pero su nombre es Nicolai. Odia a su nombre y a sus padres por haberle dado ese nombre y también, todo lo que provenga de ellos. Como símbolo de lo que Gogol siente por todo lo bengalí, Moushumi, la hija de los bengalíes recién llegados de Londres, le parece poco atractiva e insoportable.

En el colmo del rechazo y la exasperación, ni siquiera abre el regalo que le ha comprado su padre para la graduación. Cuando este le dice que es algo muy especial, de mala gana lo abre para encontrarse con que son las obras completas de Gogol. Ni siquiera lo hojea. Se muestra reacio a bajar la música para poder escuchar al padre. Pero Ashoke no se desalienta. Trata de contarle por qué Gogol es su autor preferido; por qué siente con él un vínculo mayor que con cualquier otro autor. Le cuenta que Gogol pasó la mayor parte de su vida adulta fuera de su patria, como Ashoke; pero cuando va a contarle lo del accidente se arrepiente. Cariñosamente se despide y cita unas palabras de Dostoievski «Todos salimos de *El abrigo* de Gogol. Algún día lo entenderás».

Un nuevo viaje a Calcuta dará a Gogol la oportunidad de empezar a reconciliarse con sus padres y consigo mismo; el primer paso es reconciliarse con la tradición bengalí. Jhumpa Lahiri nos cuenta la sorpresa de los hijos al ver a sus padres en India: «*En cuestión de minutos y ante sus propios ojos, Ashoke y Ashima se*

convierten en versiones más resueltas y menos complicadas de sí mismos, hablan en voz más alta y sonríen más abiertamente, revelando una confianza que Gogol y Sonia no ven nunca en ellos en Pemberton Road».

Ashoke, orgulloso, muestra los regalos que trae de América, Ashima vuelve a sentirse en su casa y se pone juguetona como una niña. Ashoke, temeroso de que Ashima, feliz por estar otra vez en Calcuta, se aleje de él necesita una prueba de amor. Quiere que Ashima le diga por qué lo eligió; que le diga que lo ama; como acostumbran las mujeres americanas. Durante el viaje a Agra, visitando el Taj Mahal, Ashima se conmueve por el amor del emperador Shah Jhan por su esposa favorita Mumtaz como para construir semejante obra. Ashoke contesta que otros maridos también aman a sus esposas pero no pueden costear la construcción de un Taj Mahal, y la toma de la mano. El contacto físico fuera de la intimidad y las confesiones de amor recíproco son conductas más occidentales que bengalíes.

En ese momento llega Gogol, Ashoke y Ashima, disimuladamente, se sueltan la mano. Gogol cuenta, muy entusiasmado, que ha decidido ser arquitecto; según él, la arquitectura lo tiene todo: ingeniería, dibujo, estética. Gogol ha encontrado la manera de satisfacer al padre ingeniero, pero sobre todo a su madre, emulando al difunto padre de Ashima, pintor. En otras palabras Gogol está dispuesto a intentar ser Nikhil, el que todo lo abarca. Ashima, complacida, comenta, «Un Shah Jhan en la familia».

De regreso en Estados Unidos, Gogol, esta vez con más moderación y respeto, plantea que quiere cambiar su nombre por su buen nombre. Ya no quiere seguir siendo Gogol; ahora quiere ser Nikhil. Ashoke se siente decepcionado pero tampoco quiere que su hijo se sienta atado a las tradiciones. «Todo es posible en America. Haz lo que quieras».

Otra elipsis nos muestra al arquitecto Nick, completamente desarraigado de su familia bengalí e insertado en la familia de Maxine, una sofisticada familia neoyorkina. Sonia se ha mudado a California, Ashoke debe pasar un semestre en Cleveland y Ashima, que ha empezado a trabajar en una biblioteca, siente que otra vez está perdiendo a su familia; como cuando se fue de Calcuta.

Por la insistencia de Ashima, Gogol accede a pasar a visitar a sus padres con Maxine antes de la partida de Ashoke; luego seguirán su viaje a Oyster Bay donde pasarán el verano con los padres de Maxine. El encuentro es incómodo, Ashima no disimula su desagrado; Ashoke, en cambio, busca parecer muy americano.

Antes de partir, Ashoke quiere contarle a su hijo el verdadero motivo de la elección de su nombre; el accidente de tren que recién ahora vemos en pantalla. «Así es como vine a América; y cómo obtuviste tu nombre». Es sugestivo el hecho de que nunca antes se lo haya podido contar; parece coincidir con nuestra interpretación

de que para Ashoke, todo lo vinculado al accidente y a la elección del nombre tiene el sentido de una trasgresión.

Gogol queda muy conmovido al enterarse de que su nombre tenía tanto significado para su padre. Como un intento de defenderse le pregunta si es en ese horrible accidente en lo que piensa su padre cada vez que piensa en él. Una interpretación por demás rebuscada y paranoica. «Para nada –le contesta Ashoke– . Tú me recuerdas todo lo que vino después. Cada día, desde entonces, fue un regalo, Gogol».

Para el espectador es una escena muy emotiva, que debería lograr un acercamiento entre padre e hijo; nos gustaría verlos fundirse en un abrazo. Pero no parece ser esto lo que siente Gogol. Ser Gogol no sólo significa satisfacer el deseo del padre de escapar de las ataduras de la tradición bengalí; ser Gogol es algo mucho más pesado: es poder rescatar al padre. Ser Gogol es tener que ser un milagro. Por eso vemos con cuánta prisa Gogol quiere huir de allí.

En Oyster Bay, Gogol confiesa cuánto envidia la hermosa vida de Maxine, adecuadamente insertada en su propia tradición, feliz de estar junto a sus padres, habiendo encontrado su lugar en el mundo. Perdido en el mundo de Maxine, Gogol olvida llamar a su madre. Mientras tanto Ashoke y Ashima deben separarse. La separación se les hace muy difícil a ambos.

Empiezan a ver que las cosas no se dieron como las imaginaron. Ashima creyó que podía llevarse la tradición con ella a donde fuera; Ashoke creyó que podía cortar con la tradición yéndose a Estados Unidos. Ambos se equivocaron. Ashoke no logra sentirse del todo americano y Ashima no logra sentirse del todo bengalí.

Ashoke llega al departamento en Cleveland donde deberá vivir solo todo el semestre. De su familia sólo tiene una foto en la heladera, tomada en el Taj Mahal. Se lo ve mal. ¿Esta soledad es el ilimitado sueño americano? Pero ¿quién tiene la culpa?, ¿acaso no quiso siempre que sus hijos fueran americanos y que su esposa aprendiera a arreglárselas sola en Nueva York? En su fuero interno siente un profundo disgusto con Gogol. ¿Cómo puede hacer sufrir tanto a su madre? ¿Cómo el inmenso cariño que siente por ese segundo milagro en su vida, pudo generar en su hijo tanto rechazo? ¿Cómo Gogol terminó siendo alguien tan distinto a ellos? ¿Cómo las cosas llegaron a este punto? Quizás Ashoke se pregunta si acaso él mismo no hizo sufrir de manera similar a sus propios padres al irse a Estados Unidos. Todo le parece un enorme malentendido, imposible de deshacer. Quizás se equivocó; quizás tomó el tren equivocado; en algún punto su vida se descarriló. Dentro de sí crece un sentimiento que se prefigura como algo insoportable y prefiere pensar que es la comida bengalí lo que no puede digerir.

Así como hay nombres buenos y nombres cariñosos, hay cosas que no merecen nombrarse porque nadie desea llamarlas. Lo que Ashoke presiente es algo que no tiene nombre, una ignominia que prefiere no sentir. Solo y lejos de los seres queridos, Ashoke muere de un infarto. Como si después de tantos años y tanto viaje, se reencontrara con esa muerte en soledad que en su juventud había conseguido evitar. Como si volviera a aquella noche trágica en la que agonizaba en el medio del campo preguntándose si moriría lejos de todos o si lo vendrían a rescatar. Pero esta vez no hay milagros; ningún Gogol viene a rescatarlo.

Tras la muerte de Ashoke, también Ashima es alcanzada por una desolación que le hace ver su casa y su barrio como algo ajeno y extraño. Ahora es Gogol quien, en el departamento de Cleveland, se pone en los zapatos de su padre... Imagina la vida del padre en la soledad de ese departamento y siente una culpa inmensa por haberlo dejado tan solo. Por no haberlo podido rescatar, como pedía su nombre.

Como un elástico que se estira pero no se corta, la tradición bengalí de la que tanto intentó alejarse ahora vuelve como un latigazo, y la vida de Gogol da un giro de 180 grados. Durante la ceremonia funeraria es Maxine, vestida de negro, la que está fuera de lugar en el luto blanco bengalí. Gogol la rechaza a ella como un intento de rechazar al Nick americano que supo ser estando con ella. En el momento de arrojar las cenizas de Ashoke en el Ganges, Gogol vuelve a llamarse Gogol.

Como dice Ashima, la vida sigue, y como Gogol no quiere volver con Maxine, reaparece Moushumi. Ahora que Gogol se ha reconciliado con la tradición, la ve con otros ojos y le resulta sumamente atractiva. Gogol se casa con Moushumi y sueña con construir el Moushumi Mahal que Ashoke no pudo regalarle a Ashima.

Pero Moushumi es un alma dañada en su autoestima; ha sido abandonada cuando estaba a punto de casarse. Moushumi tiene mucha ambivalencia con la tradición bengalí; siente por París lo que en otro momento Nick sentía por Oyster Bay. No quiere ser una esposa bengalí que hace *samosas* todos los jueves, pero tampoco se anima a oponerse a los deseos de su madre. En este sentido es más parecida a Ashoke, que a Ashima; desea liberarse de la tradición y viajar a París, como Ashoke deseaba viajar a Estados Unidos.

Durante el compromiso de Sonia, Moushumi se sorprende de que Ashima acepte que el marido de Sonia no sea indio. Ashima le dice que los tiempos han cambiado, que Ben la hace feliz a Sonia y que Sonia persigue su dicha. Estas palabras parecen ser para Moushumi como una autorización a liberarse de la tradición y dar rienda suelta a su amor por Pierre, que justo en ese momento la llama. Unas escenas más adelante le dirá a Gogol que quizás no baste con que ambos sean bengalíes.

Llama la atención que los desencuentros que Gogol tiene con Moushumi siempre se relacionan con el tema de los nombres; primero en la noche de bodas cuando ella quiere conservar su apellido de soltera, luego cuando ella cuenta a sus amigos que Nikhil se llamaba Gogol y cambió su nombre, y por último cuando aparece el nombre de Pierre; «por primera vez un nombre me molestó más que el mío», dirá Gogol.

También Ashima siente que llegó el momento de perseguir su propia dicha y decide vender la casa y regresar a Calcuta a retomar sus clases de canto. Es la última Navidad en Pemberton Road, y Gogol encuentra el libro que le regalara su padre. Por primera vez lo hojea y ve la dedicatoria y recuerda la frase de su padre «Todos salimos del abrigo de Gogol. Algún día lo entenderás». Ashima lo interrumpe porque quiere saber qué pasó con Moushumi; cuando se entera quiere desistir de su regreso a Calcuta. Gogol le dice que si bien debería sentirse devastado porque todos se van, en realidad es la primera vez que se siente libre, y, como un modo de convencerla, le muestra el libro que encontró. La voz de Ashoke recita la dedicatoria: «Para Gogol Ganguli. El hombre que te dio su nombre del hombre que te dio el tuyo». Ashima le dice que no hay casualidades, que Ashoke está allí con ellos. Ashoke deja de ser un perseguidor y pasa a ser un objeto interno bueno y protector. Esta reconciliación alivia la culpa de Gogol con su padre y entonces, le viene a la memoria un recuerdo infantil olvidado. Es el recuerdo del día en que con su padre caminaron por el espigón; algo que su padre le dijo que recordara siempre. «Recuerda que tú y yo hicimos este viaje, y fuimos juntos hasta un lugar donde ya no quedaba adonde ir».

Es una frase conmovedora que encierra un significado muy profundo y complejo. Si ya no hay adonde ir es porque el viaje terminó; se ha llegado a destino y se puede estar en paz. Y el destino de llegada no es otro que la reconciliación del hijo con el padre. La reconciliación que alivia la culpa y la persecución. Una reconciliación en la que, a los ojos del hijo, el padre deja de ser un dios para empezar a ser sólo un hombre. Así, el padre y el hijo quedan hermanados.

En el tren, por fin Gogol puede leer a Gogol y mientras lo hace, recuerda a su padre en la entrada de la casa de Pemberton Road saliendo a fumar; una imagen en la que vemos a Ashoke desde muy lejos, pequeño, como un hombre que lucha con sus anhelos en las circunstancias de su propia vida. Ahora Gogol se siente libre y puede viajar y ver el mundo y no se arrepentirá porque, por primera vez en su vida, se siente a gusto con ser Gogol.

Gogol se ha convertido en un hombre; la etapa de su crecimiento ha concluido y con ella, concluye también la principal tarea de los padres. Ashoke ya puede descansar en paz... y Ashima, de regreso en Calcuta, al terminar su canto que es como un largo lamento... también.